

casi de balde, y en ellas se le cantaban tonadillas como *La definición del cortejo*, *Yo soy, señor, una mocita*, *La Salerosa*, *El lance del extranjero*, *La desapasionada*, ó seguidillas del género de las tituladas *Del bien que adoro ausente*, *Un dolor inhumano*, *Oh! cuánto un pecho sufre*, *Atiende, dueño mío*, *No me quejo, tirano*. Los sainetes entonces preferidos eran *El desafío de Polonia*, *El novio hidalgo*, *El Abate hablador*, *El barbero y su mujer*, *Paloma turbada*, *La paya de los pavos*.

De vez en cuando los cómicos recurrían á adular al Virrey brindándole con funciones en su obsequio: en una de esas se dió á conocer una canción marcial compuesta por Benito Erbiti, director de la música del 2º Batallón de Patriotas, con letra más que depresiva para los insurgentes.

Con motivo de la aprehensión del insigne D. Javier Mina, fusilado con lujo de crueldad en 11 de Noviembre de 1817, nuestro Coliseo dió una impía función á que se refiere así *La Gaceta*: "El leal comercio de México, en unión del profesor D. Manuel del Corral, lleno del mayor entusiasmo patriótico, suplicó á un sujeto, en el mismo momento de haberse publicado la plausible noticia de la prisión del traidor Mina por el célebre Sr. Coronel D. Francisco de Orrantia, que hiciese una marcha patriótica para celebrar debidamente este hecho, y se franqueó gustoso á ello, entregando en el acto la siguiente, que puso en música el expresado Corral, y dedica al virtuoso y digno jefe que nos gobierna, el Excmo. Sr. D. Juan Ruiz de Apodaca.

"Rompa el aire con rápido vuelo  
nuestra voz de lealtad inflamada,  
y retumbe en el cóncavo cielo  
el acento de gloria y placer,  
porque el bravo español victorioso,  
siempre fiel al augusto Fernando,  
sus blasones y honor aumentando  
sólo sabe triunfar y vencer.

"De soberbia y de crímenes lleno  
un traidor que la patria detesta,  
nuevamente el rebelde veneno  
sobre México osara sembrar.  
Mas el héroe que rige este mundo  
de exterminio las órdenes diera,  
y al momento sus plantas se viera  
el iluso bandido besar.

"Ya gimiendo entre duras prisiones  
yace el monstruo que ingrato y perdido

de proscriptos infandas legiones  
altanero llegó á levantar:  
y enemigo del Rey que lo honrara  
y la Patria que amádole había,  
de ambos quiso su loca porfía  
la ventura y el nombre arruinar.

"Odio á Mina, baldón del Ibero,  
que aborrecen los nobles hispanos  
desde el cántabro fiel y guerrero  
hasta el bético alegre y leal.  
Odio siempre, y perezca entre horrores  
aquel vil que á manchar se atreviera  
la lealtad española que fuera  
su divisa y tesoro inmortal.

"Gloria eterna, repiten las voces,  
á *Fernando* feliz y adorado,  
gloria eterna, los ecos veloces,  
á *Apodaca* invencible y sagaz.  
Gloria siempre al intrépido *Orrantia*,  
gloria igual al ejército fiero  
que abatiera el orgullo altanero  
del que quiso turbar nuestra paz."

"Mientras se cantó esta marcha, que fué repetida, permaneció en pie el Virrey, y á su imitación todos los concurrentes á la función del Coliseo, y al oír el nombre de *Fernando* prorrumpió en vivas de aclamación, que fueron respondidos con igual entusiasmo por los espectadores."

Esto dijo *La Gaceta* y yo añado que no puede darse mayor número de insultos en más detestables versos, dignos de la raquítica y miserable musa de la Nueva España de aquellos días, en los que no encuentro más Sociedad literaria que la titulada *Arcadia Mexicana* con su presidente denominado *mayoral* y sus socios bautizados con el de *árcades* ó *zagales*: sus composiciones publicábanse en el *Diario de México* é iban firmadas con los seudónimos de *Flagastro Ciene*, *Batillo*, *Amunto*, *Ciorlafa*, *Tirsis*, *Damón*, *Ascano*, *El Aplicado Anfriso*, y otros por el estilo. Fué uno de sus presidentes ó *mayorales* el P. Fray José Leal de Gavie, que producía epigramas como el siguiente:

"Antes que yo me casara  
era un ángel mi mujer;



¡qué humildad, señor! ¡qué cara!  
 ¡aquel modito de ver!  
 ¡vaya! si era cosa rara!  
 “Pero después de casado,  
 ¡qué genio! ¡qué altanería!  
 ¡qué hocico tan retobado!  
 más que con ella valía  
 vivir con un condenado!”

En otros números, el *Diario* apadrinaba y dábanse á luz prodigios de cultura é ingenio como el siguiente:

“Un maestro dijo á un muchacho:  
 ¿me tienes por macho? di!  
 y el chico respondió—sí,  
 porque quien no es hembra es macho.”

A falta de más espontáneos elogios, los árcades mismos se felicitaban por sus mutuos talentos en composiciones que, como dejo dicho, veían la luz en el *Diario*, siempre á la cabeza del periódico, y según los tales, estrecho les venía el Parnaso para albergar las grandezas de sus méritos. Lo enteco de la inspiración corría parejas con lo baladí de los asuntos que escogían para sus composiciones, escritas casi constantemente en versitos de arte menor, que en su mayor parte demostraban desconocimiento de la prosodia en sus autores, ó su falta de oído, como dicen familiarmente: vaya si no otra muestra del ingenio de un árcade, que firmaba, *Noatino Glosado*:

“Yo vi, Tania inconstante,  
 en el ciprés erguido  
 á una tórtola amante  
 que desde el triste nido  
 á Júpiter Tonante  
 dirigía su quejido.

“Porque en el bosque hojoso  
 un impío cazador  
 con el arpón filoso  
 del arco destructor,  
 le dió muerte á su esposo,  
 sordo á tanto clamor.

“De compasión cubierto  
 la dije con blandura  
 lloremos de concierto  
 nuestra igual desventura

tú á tu consorte muerto  
 yo á mi viva perjura.”

Otro árcade, por mal nombre *Antimio*, cantaba así:

“Préstame, suave Orfeo,  
 tu delicada lira,  
 para cantar las gracias  
 de una discreta niña.

“Es una honesta Diana,  
 una hermosa Ericina,  
 una sabia Minerva,  
 y una Safo poetisa.

“Hasta su bello nombre  
 de lo divino es cifra,  
 pues se llama ¡Oh misterio!  
 la sin par Angelita!”

En nuestros días, que no son en verdad los de Homero, con *poemas* como el anterior felicitan nuestros muchachos el santo á su papá, ó pide el repartidor de periódicos su *calavera* ó su *tarasca*.

Con el mismo mal gusto cantaban otros *árcades* menos risibles asuntos con rebuscados giros y anticuadas voces, necedad de la que no están exentos algunos de nuestros contemporáneos, positivos *traperos del idioma* que urgunean los escritos de Cervantes y Fray Luis sin ser capaces de parecerseles ni en el ingenio ni en la inspiración.

Y para que no se estime este juicio, natural resultado de mi insuficiencia, copio aquí á una autoridad, la de D. Francisco Pimentel, quien aun queriendo ver en la literatura colonial lo mejor posible, nos dice en su *Historia Crítica*: “Si bien lo referido demuestra el progreso literario de México en el siglo XVIII y principios del XIX, esto no significa que todos los escritores en verso de entonces fueran buenos poetas; por el contrario, la mayoría de los citados por Beristáin resultan meros aficionados á la poesía, y muchos de ellos malos versistas. Efectivamente, si tomamos en una mano la Biblioteca de Beristáin y en otra las composiciones á que se refiere, veremos que la mayor parte son del tenor siguiente: un mal soneto castellano ó un epigrama en latín macarrónico para algún arco triunfal; un devocionario gongorino; algún romance prosaico; elementos didácticos fríos y descarnados; biografías, narraciones ó descripciones cansadas, verdaderamente soporíferas; todo, menos talento poético, imaginación creadora, verdadero sentimiento, buen gusto . . .”

No es más favorable la opinión del Sr. Pimentel acerca de los autores dramáticos de la misma época: “de sus producciones, dice, ape-



nas pueden entresacarse algunas muy medianas, necesitándose llegar á D. Manuel Eduardo de Gorostiza para encontrar obras dramáticas de méritos reales y positivos.”

Por lo que toca á la decadencia de los espectáculos teatrales en la Capital, sus causas principales estuvieron en la pobreza que empezó á generalizarse y en las enconosas luchas civiles. En efecto, las al parecer inagotables fuentes de riqueza pública, habían quedado cegadas por los préstamos infinitos y continuos al gobierno de la Metrópoli, y por la ruina que originó la guerra de Independencia, guerra en la cual realistas é insurgentes compitieron en actos crueles contra la vida y la propiedad, al grado de que apenas hubo familia en uno y en otro campo que no vistiese las tocas de luto ó los andrajos de la miseria.

Once años después, y cuando los más acérrimos enemigos de la Independencia vieron que empezaban á brillar los primeros resplandores de las luces que habían de dar nombre á nuestro siglo; cuando echaron de ver que la heroica España que con ciego patriotismo había bregado contra el mayor Capitán de los tiempos modernos, aceptaba muchas de sus ideas de regeneración y progreso humanos, y que, más ó menos tímidamente, derrocaba las entidades legendarias del antiguo régimen, traicionáronse á sí mismos y otorgaron á D. Agustín de Iturbide el honor de dar cima á la obra emprendida por el venerable Hidalgo, el nunca bien admirado y cual ninguno insigne Morelos, y el generoso Mina, y el miedo á la libertad permitió que la libertad triunfase en las tres veces secular colonia, y los mártires insurgentes quedaron justificados por los asimiladores trigarantes.



## SEGUNDA PARTE

De 1821 á 1840

HOMENAJE DE RESPETUOSO CARIÑO

AL SR. D. JOAQUIN BARANDA

### CAPITULO PRIMERO

1821—1824.

Al consumarse la Independencia, el estado de nuestro Coliseo y de sus espectáculos era tristísimo. La pobreza, la ruina originadas por aquella terrible guerra de once años, alcanzaron á todos y en todo se hicieron sentir.

La imperfección del Coliseo, en punto á decoraciones, era extrema, según nos los dice un papel de la época, el *Semanario político y literario*.—“¿Cómo, exclama, cómo ahora que tenemos cómicos muy capaces de desempeñar con esmero nuestros mejores dramas, no piensan los empresarios en adornar la escena conforme al carácter de las piezas que representan?... Todo está mal pintado, sin perspectiva, sin el menor conocimiento de arquitectura, sin ningún efecto de claro oscuro, y es tal la confusión en los bastidores, que rara vez convienen con el telón. Tan mal arreglado, tan mal dirigido está todo lo que pertenece á esta parte esencial del teatro, que á veces se me figura que presencio las farsas de aldea, y sólo en fuerza del hábito y de su mucha prudencia puede sufrir el público tan garrafales desconciertos. Cuando el patio está bien iluminado, no hay luz en la escena, tanto que las más veces no se distinguen desde el centro del teatro,